

base del amor. Así, en *La Loca de la Casa*, al unir a Cruz, el luchador sano y fuerte, de raigambre popular, con la aristócrata que se ha salvado de la ruina de una familia y va instintivamente hacia éste hombre rudo, símbolo de la virilidad de la raza.

Esta es su importancia en la generación desalentada y pesimista del año 98. Su anticlericalismo, tan utilizado por sus enemigos para desprestigiarlo, es sólo un accidente en su enorme concepción social y ética; en el fondo, es un español convencido y la fe en el porvenir de su raza es la savia que fecunda su creación.

Contribuyó con Giner de los Ríos, con Joaquín Costa, con Ganivet, con Unamuno y Ortega y Gasset a plasmar la nueva conciencia colectiva. España supo por ellos el error de su falsa política y por ellos ha encontrado ahora su verdadero camino.—*Mariano Latorre.*

VIAJES

MUJERES, PAISAJES Y TEMPLOS,
por *Eugenio Orrego Vicuña.*

Otra obra en la lista ya larga de publicaciones de Eugenio Orrego. El nieto, que parece quisiera heredar la inalcanzable fecundidad del abuelo historiador, ha abarcado los temas más disimiles en su nutrida producción literaria. «Historia y crítica», «Viajes», «Socialismo», «Teatro», son los acápites en que el propio autor encasilla sus obras y en todos ellos hay más de un título.

Esta última obra (1) es de «Viajes», pero es preciso señalar que por encima de las clasificaciones que haga el autor de sus obras, si se examinan ellas con cierto criterio crítico aunque este no sea muy estricto, se ve que en el fondo, salvando las vallas de la diversidad de materias en todas las obras de Orrego sólo hay un continuado monólogo de un escritor de teatro, que ha desviado sus naturales facultades. Un autor de teatro porque su característica más principal es el espectáculo, la nota expectante. El autor de dramas y comedias que desea tener suspenso a los espectadores ante una situación dramática determinada, que pretende ahincar el estudio de determinados conflictos pasionales, es el mismo viajero incansable que del Extremo Oriente nos relata los pintorescos espectáculos de las costumbres exóticas, de sus impresiones personalísimas; el mismo aficionado a la sociología que apasionadamente nos desparrama en imágenes de la nueva Rusia las excelencias de un determinado credo social; el mismo ensayista de historia que entre papeletas viejas y personajes estudiados le dió rienda suelta a la imaginación generosa y nos regaló, en consecuencia, una nueva visión de este personaje, de aquel acontecimiento, de esa época..... En todas sus producciones Eugenio Orrego ha guardado su nota personal, su íntima fusión con todo aquello que escribe, su

(1) Edit. Impresora Uruguaya. Montevideo, 1931.

virginidad completa y emocionante ante las carillas en blanco. Por esto, acaso, las producciones de Eugenio Orrego pueden discutirse, por esto algunas de ellas están marcadas por defectos y por esto también, todas ellas tienen cualidades encomiables.

Con una nutrida experiencia viajera, Eugenio Orrego ha salido poco de sí mismo, al menos esta impresión dejan sus obras y especialmente esta última. Acaso es mejor que así sea. Su viaje a Oriente, resulta una interpretación de Oriente a través de Orrego. Con esto su libro, queda fuera de todas las anotaciones descripcionistas del «baedeker» lo que es una cualidad primigenia, pero no alcanza a crear una interpretación original de lo visto, lo que pudiera considerarse como un defecto. Son impresiones particulares de aspectos determinados de la vida de Oriente en las que el autor ha puesto una observación fina, y en todas una dosis apreciable de literatura. Es tal vez este el reparo más serio que puede hacerse al libro de Eugenio Orrego; excesivamente retórico, demasiado literaturesco. Sin duda que la observación que motiva el arranque retórico es exacta, que hay anotaciones que constituyen hallazgos de perspicacia traducidas en el libro en frases emocionadas y simpáticas, pero perdidas en muchos párrafos exclusivamente retóricos:

Vemos en una visión de una ramera del Yoshiwara:

¡Ah, Midzu-San, dulce y pobre Midzu-San! Mujer que encadena-

ron sumisiones torturantes, provocadas por las disciplinas feudalistas de las organizaciones sociales que aun subsisten en el Japón. Cabeza que nunca atormentó la fatiga de pensar. Cuerpo que poetizaron el loto simbólico y la flor del cerezo en la seda de sus kimonos fantásticos.....

Midzu-San!

De las escasas líneas transcritas, aparte de la extemporánea referencia sociológica, sólo podemos recordar un párrafo exclusivamente retórico. La impresión ante la desdichada mujer, pudiera trasladarse a una cortesana de Occidente, quitándole el kimono, el loto, la flor del cerezo, es decir los motivos de retórica oriental, muy gastados y profusamente repartidos en la gran mayoría de los libros que «miran a Oriente».

Y formulamos este reparo exclusivamente formal al libro de Orrego, por una sencilla razón. Es la siguiente: el autor, acaso menos que nadie, necesita para componer su prosa de receta retórica alguna. La mejor prueba de ello es este mismo libro y su obra en general. Dotado de un estilo rico y armonioso, con una facilidad extraordinaria para expresar la plasticidad de las palabras que sirven para expresar emociones, para describir paisajes o siquiera las que se usan en la pintura achafarrinada de escenas de coloridos recargados, Eugenio Orrego, bien pudo prescindir del aparato retórico en muchas de sus impresiones. Prueba de ello son las que forman este libro donde hay páginas que quedarán entre las mejores del autor. Todas las

que relatan antiguas consejas niponas están escritas en un estilo límpido, cuidado, elegante, fácil. El encanto de las viejas leyendas ha sido transportado a nuestra lengua por un artista de sensibilidad aguda y superficial, en la que la nota artística se encuentra plenamente conseguida y perfectamente bien trazada. Otras impresiones como esa inolvidable «Llueve en Niko» (pág. 131), están marcadas por un deseo de objetivar hasta donde sea posible, la impresión que puede producir en un paseante apresurado la belleza efímera y pasajera para los ojos del viajero, de la ciudad nipona, adornada en estas páginas por la lluvia «que no da un punto de tregua» y que simula al lector el gotear incesante en el espíritu, de un recuerdo hermoso.

Muchas otras sugerencias podría provocar un estudio más detallado de este último libro de Eugenio Orrego. Acaso algún día las intentemos. Por ahora sólo nos resta agradecer al autor por su compañía en este viaje a través de Oriente, por su amable compañía que sin hacérsenos sentir en la pesadez y majadería de los «cicerones», ha tenido la delicada virtud, y la ha conseguido plenamente, de mostrarnos algunos paisajes exóticos, y lejanos, y algunos estados anímicos de todas las latitudes, con viveza y en un estilo poético y teñido en ocasiones de una vaga ensoñación de idealidad.—*Abel Valdés A.*

UN VIAJE A EGIPTO, por *Carlos Orrego Barros.*

El autor es también por familia, hombre de letras; sus padres, sus tíos, su familia toda se ha distinguido como cultivadora entusiasta de las mejores disciplinas espirituales y hoy, con la experiencia adquirida en muchas lecturas, en algunos viajes y en una vida intensa y fructíferamente trabajada nos da este libro, «primer ensayo literario», según afirma (1).

Son más o menos trescientas páginas en que el autor cuenta un viaje a la tierra de los Faraones desde la capital británica. Interesado en profundos estudios acerca de la civilización egipcia ha querido exponer sus diversos conocimientos; sus trabajos practicados en el Museo Británico, en el Louvre y en los centros de egiptología europea y al efectuar el viaje que relata en su libro, casi creemos que el viaje es un pretexto hábilmente buscado para exponernos las ideas acerca de la fenecida civilización faraónica.

Esto antes que otra cosa es el libro: un muestrario de los conocimientos del autor acerca de la civilización egipcia materia de sus estudios y de sus predilecciones científicas, pero este muestrario no es aburrido ni monótono. Para librarse de la monotonía casi inevitable en una obra orientada en una

(1) Edit. Imprenta de la Universidad de Chile, 1931.